

REFLEXIÓN

CICLO A

MISIONERA
N° 137



XXI DOMINGO TIEMPO ORDINARIO



**PONTIFICIA
UNIÓN MISIONAL**

31/10/1916 - 31/10/2026

110° Aniversario

Domingo 23 de agosto de 2026
Is 22,19-23; Sal 137; Rom 11,33-36; Mt 16,13-20

COMENTARIO

La profesión de fe en Cesarea de Filipo – Un punto de inflexión en la misión

Estando en camino Jesús y sus discípulos, llegamos con el Evangelio de este domingo un punto de inflexión en su misión, cuando Jesús pide a los discípulos y obtiene de Pedro, como representante de su grupo, la profesión de fe en su identidad mesiánica. Para comprender mejor el significado del episodio, así como las palabras de Pedro y de Jesús para la misión de aquel tiempo y para la nuestra, es necesario profundizar algunos detalles, aparentemente no relevantes y, por eso mismo, frecuentemente dejados de lado, comenzando con la indicación del lugar del evento.

1. ¿Por qué una profesión de fe «[en] la región de Cesarea de Filipo»?

Solo los evangelista Mateo y Marcos indican el contexto geográfico del episodio: «en la región de Cesarea de Filipo». Se trataba de una ciudad de estilo grecorromano, reconstruida por el tetrarca Filipo en honor del emperador César Augusto en un lugar llamado antes Panea (en honor de Pan, divinidad de la naturaleza selvática).

Por eso, el historiador hebreo del primer siglo, Flavio Josefo, menciona la ciudad con el nombre de *Cesarea Panias*. La arqueología moderna ha encontrado los restos de esta divinidad griega y, como en toda ciudad grecorromana, podemos imaginar la existencia en aquella zona de altares dedicados a otras divinidades, varios “monumentos sacros”, como san Pablo ha encontrado en Atenas (cf. Hch 17,23). Tenemos un contexto espacial particular, que refleja el paganismo de aquel tiempo. La gente creía en varios dioses, dependiendo de su inclinación religiosa y de las necesidades de cada uno. Encontramos, por tanto, a Jesús y sus discípulos todavía en la zona “pagana”, en los confines de la parte septentrional de Galilea (tanto es cierto que el domingo pasado los hemos visto en la zona de Tiro y Sidón, en el encuentro con la cananea).

Además, la región de Cesarea de Filipo se encuentra enfrente del monte Hermón, con una de las fuentes del río Jordán. En la zona se nota la concentración de los árboles de higos, observados también por los peregrinos en el Parque-Reserva

natural de Banias. La higuera, con su tronco robusto y alto (llega a medir hasta de 8 metros) y con las hojas amplias, ofrece un refugio fresco contra el calor del sol. Sentarse bajo una higuera o una vid sirvieron como símbolos del tiempo mesiánico (cf. Miq 4,4).

Este contexto geográfico nos parece crucial para entender por qué Jesús ha llevado a los discípulos tan lejos de su “base” en Cafarnaúm (¡Al menos 10 horas a pie, según Google Maps!) para hacerles una pregunta fundamental sobre su identidad. Independientemente de lo que la gente en el mundo pluralista y de diversidad de opiniones religiosas, piense en relación a Jesús, los discípulos son llamados a profesar su fe en Jesús como el único y verdadero Mesías del Dios de Israel, del único y verdadero Dios. Se puede intuir que la cuestión resulta también muy actual. Todo seguidor de Cristo es llamado a profesar la verdadera fe en Él, como Pedro y los otros discípulos, en medio a varios posibles pareceres con respecto a su persona entre la gente. Esta concreta “toma de posición” es fundamental para testimoniar y compartir la fe con otros.

2. «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo»

La profesión de fe de Pedro en el

evangelio de Mateo completa y, al mismo tiempo, explicita las otras formas más simples reportadas por los evangelistas Marcos («Tú eres el Mesías») y Lucas («Tú eres el Mesías de Dios»). Para una debida profundización del contenido de esta profesión, refiero a varios libros de cristología. Me concentro en solo dos puntos esenciales.

En primer lugar, Jesús es profesado como el Cristo, es decir, el “mesías” en hebreo, que significa el ungido. Él es aquel ungido de Dios preanunciado por los antiguos profetas de Israel y, por ello, esperado ansiosamente por el pueblo elegido al final de los tiempos. Mientras que en la historia de Israel varios reyes, sacerdotes y, en algunos casos, hasta profetas eran ungidos por Dios, la respuesta de Pedro a Jesús acentúa la particular identidad de Jesús como el mesías, el Ungido de los ungidos, el único y definitivo, mandado por Dios con la misión de salvar a su pueblo. Además, en las palabras de Pedro podemos ver no tanto una afirmación de carácter intelectual, cuanto una expresión de adhesión a la persona de Jesús como el Cristo, en el cual los apóstoles confían y ponen toda su esperanza. Por eso, Él es “aquel que tiene que venir” al mundo, como Jesús explicó a un perplejo Juan Bautista en la cárcel y como se declarará por boca

de Marta en el evangelio de Juan: «yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo» (Jn 11,27). Con la venida de Jesús, el Cristo-Mesías, se inaugura para el pueblo elegido y para el mundo entero la esperada y predicha era mesiánica, en la que cada uno se sienta bajo su vid y su higuera, para usar todavía la imagen sugestiva de los profetas que mencionaba más arriba.

En segundo lugar, profesando que Jesús es el Hijo del Dios viviente, Pedro declara la fe en la naturaleza divina particular de Jesús en relación con el único verdadero Dios de Israel que se reveló a Moisés simplemente como “Yo soy”, Aquel que es. A causa de este título, en la tradición bíblico-judía los ángeles y varios hombres eran llamados “hijos de Dios”. Sin embargo, como se revela en el Catecismo de la Iglesia Católica, en esta profesión de Pedro se reconoce “el carácter trascendente de la filiación divina de Jesús Mesías” (nn. 442-443). Tanto es cierto que en el evangelio de Juan, Pedro declarará a nombre del pequeño grupo de los pocos que permanecieron con Jesús durante la así llamada crisis de Galilea, cuando «muchos de sus discípulos volvieron atrás y no iban más con Él» después del “duro” discurso “Yo soy el pan de vida”: «nosotros creemos y sabemos que tú

eres el Santo de Dios» (Jn 6,69). De la misma manera, se acentúa la unicidad de Jesús, Hijo de Dios, con la expresión “Unigénito del Padre” o simplemente el Hijo (hay que agregar que, en el episodio evangélico de Mateo, la trascendencia divina parece estar unida con el implícito título que Jesús ha usado para sí mismo al preguntar a sus discípulos: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?»)

3. «*Non praevalerunt*» - «[El poder del infierno] no la derrotará»

Entre los evangelistas que relatan el mismo episodio en Cesarea de Filipo, solo san Mateo reporta el discurso de Jesús a Pedro después de la profesión de fe de este último. Son palabras inspiradas y profundas, que se han convertido en objeto de reflexión, estudio y debate teológico a lo largo de los siglos (¡con alguna disputa encendida hasta hoy!). Desde el punto de vista espiritual y por límite de tiempo, nos detenemos solamente en dos observaciones importantes para comprender bien el discurso.

Antes que nada, notamos el carácter particular del lenguaje de Jesús en este elogio a Pedro. Por una parte, vemos en el discurso la abundancia de expresiones semíticas, así como la forma de la bienaventuranza

(bienaventurado tú, Simón), “ni carne, ni sangre” (para significar la naturaleza humana), el binomio atar-desatar (para indicar el poder total, como se ha visto en Is 22,19-23 [primera lectura]), el juego de palabras basado en el nuevo nombre de Simón como “Cefas” – piedra/roca. Esto refleja un Jesús “terreno”, por así decir, con su agudeza y el modo de expresarse puramente hebraico, bien radicado en la tradición de su pueblo.

Por otra parte, el contenido del discurso deja ver un Jesús en éxtasis, justo como en aquel momento cuando pronunció la oración de alabanza a Dios por la revelación exclusiva a los pequeños: “Te doy gracias, Dios, Señor del cielo y la tierra...” (hemos escuchado esto hace algunos domingos).

Se trata de un Jesús glorioso, “supra terrestre”, que con autoridad particular confirmó la profesión de Pedro como la revelación de Dios mismo (llamado solemnemente “Padre mío, que estás en los cielos”) y, en consecuencia, confirió a Pedro un estatus («sobre esta piedra edificaré mi Iglesia») y una misión especial («Te daré las llaves del reino de los cielos»).

Tenemos, entonces, el discurso del Jesús terreno y celeste, que revela su

proyecto en relación al futuro del “Reino de los cielos” y la edificación de su “Iglesia”. Hay que notar la relación estrecha entre el Reino de los cielos y la Iglesia, que Jesús declaró edificar sobre piedra, que es la persona de Simón Pedro. La palabra “Iglesia”, del griego *ekklesia*, refleja el hebreo *qahal* que indica a la asamblea/congregación del pueblo, convocada por Dios (el culto). Entrar en el Reino de Dios significa lógicamente participar en la “Iglesia” de Dios que Cristo edifica y llama “suya”.

Es necesario acentuar el propósito de Jesús que habla de su Iglesia y de su acción para edificarla sobre la piedra que es Simón Pedro. En otras palabras, la Iglesia es de Cristo que la edifica, no es de Pedro que, con su profesión de fe, permanece un instrumento, aunque fundamental, para la fundación de ella. Hay que recordar que el Cristo mismo es visto como la roca y, en cuanto tal, no existe otro fundamento que el Cristo mismo. Así, las palabras de Cristo a Pedro tienen que comprenderse en sentido inclusivo: Para la edificación de la Iglesia, Pedro será la piedra en Cristo - la única piedra angular y fundamental de todo, y esto por voluntad de Cristo mismo. De este modo, podemos entender que, a pesar de las debilidades humanas de Pedro y de todos los otros en la

en la Iglesia, las potencias del infierno no prevalecerán sobre ella, porque detrás de Pedro y de toda la Iglesia está Jesús, el Cristo, el Hijo del Dios viviente, que sostiene a uno y a otro. Por el resto, Jesús mismo ha dicho a Pedro y a los otros discípulos antes de la pasión: «Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como trigo. Pero yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague. Y tú, cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos» (Lc 22,31-32).

Por tanto, en esta perspectiva, recordamos la bellísima afirmación del Papa León Magno († 461): “[...] como permanece lo que Pedro ha creído en Cristo, así permanece lo que Cristo ha instituido en la persona de Pedro [...] En toda la Iglesia, Pedro proclama cada día: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo» (*De Natale ipsius*, III). Oremos ahora en conclusión (con las palabras de la Oración Colecta alternativa del Misal italiano para el domingo XXI, Año A): Oh Padre, fuente de sabiduría, que en el humilde testimonio del apóstol Pedro has puesto en fundamento de nuestra fe, dona a todos los hombres la luz de tu Espíritu, para que reconociendo en Jesús de Nazaret al Hijo del Dios viviente, nos transformemos piedras vivas para la edificación de tu Iglesia. Por nuestro Señor Jesucristo, que es Dios, y vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

P. Dinh Anh Nhue Nguyen, OFM Conv
Secretario General
Pontificia Unión Misional